VI

Felipe II, protector de las Artes

SEÑORAS:

SEÑORES (1):

Guárdase en el Monasterio de San Lorenzo de El Escorial una curiosísima medalla, que, grabada por Jácome Trezzo (2), muestra en el anverso la efigie del Rey Prudente y en el reverso la esfera del mundo, asida por dos manos con el lazo o coyunda, alrededor de cuyo significativo emblema léense las sibilíticas palabras latinas: *Sic erat in fatis.*

Y en verdad, señores, que con muy contadas figuras históricas se mostraron los hados tan poco propicios, a pesar de no creer en ellos, ni la suerte más avara que con el hijo de Carlos V, sucesor de sus Reinos y Estados, heredero de sus normas de gobierno y que, no obstante haberlo sido, hállase muy lejos de

---

(1) Conferencia escrita para ser leída en el Círculo de las Artes de Lugo.

(2) La medalla de bronce grabada por Jácome Trezzo a que se refiere el texto, fué encontrada en el hueco y asiento de la linternilla que remata el Tabernáculo de la Basílica de El Escorial, obra soberbia de aquel artista que desmontaron los franceses en 1809 con el piadoso intento de transportarla a Francia. Después de varias vicisitudes pasó a poder de Fernando VII y por último al del rey consorte, don Francisco de Asís, el cual la reintegró, con una nota firmada de su mano que se conserva juntamente con la medalla, al Monasterio de San Lorenzo.—Vid. los números de *La Ciudad de Dios* de 5 y 20 de mayo de 1608, en los cuales inserta el padre Miguel Cerezal, O. S. A., un curiosísimo *Diario de lo ocurrido en el Real Sitio de El Escorial durante la invasión francesa.*

compartir con su glorioso padre los elogios y las alabanzas de la posteridad, puesto que si de muchos merece el dictado de Prudente, en realidad justo y bien ganado, ha venido siendo para los más *Demonio del Mediodía,* oprobio y baldón de la humanidad.

¿Por qué tal discrepancia de pareceres y cuál es la causa de donde proceden tales y tan encontradas opiniones?

Si hubiéramos de juzgar del raro fenómeno hace poco más de un siglo, fácil sería explicar su razón de ser, puesto que la crítica histórica, entonces apenas iniciada, no disponía de los elementos con que en la actualidad se nutre, ni, buceando en Archivos y Bibliotecas, en su mayoría inaccesibles a la investigación, podía reconstituír épocas, ni resucitar edades desaparecidas ni, mucho menos aún, penetrar, con la luz de los documentos y testimonios coetáneos, el oculto móvil de las acciones humanas. Por eso la crítica casi nada ha pesado hasta hace poco más de medio siglo para con el segundo de los Austrias; por eso también buena parte de la historia le ha sido francamente hostil, porque al pretender estudiar su reinado y juzgar su personalidad, no sólo ha prescindido de toda regla y norma de buen juicio, sino que las ha infringido todas, situando aquélla, por decirlo así, *fuera de la ley;* que no otra cosa es enjuiciar a Felipe II utilizando como testimonios las enconadas invectivas y los absurdos embustes propalados por sus más sañudos enemigos, coreados por quienes lo fueron de la hegemonía española, y, arrancándole y desencajándole de su siglo, juzgarle a la luz de ideas y de criterios que la sociedad de entonces no podía profesar, y mucho menos conocer, por serle de todo punto extraños y forasteros.

Mal padre, mal esposo, de carácter fanático y solapado, tras el cual se ocultaban un despotismo y una crueldad innatas; estos y otros muchos errores, nunca fidedignamente comprobados y hoy documentalmente desmentidos, han venido propalándose de boca en boca y de uno en otro siglo, hasta adquirir la categoría de resobados lugares comunes, que buen golpe de escritores copiaban unos de otros, acudiendo a las mismas fuentes y bebiendo en ellas las mismas aguas siempre turbias.

La hinchada y verbosa *Apología,* como la llama Bratli, de

Guillermo de Nassau, dirigida a los príncipes y potentados de la Cristiandad, primero; las "Relaciones" firmadas con el seudónimo de *Rafael Peregrino,* que Pérez publicó en París con lenguaje tan elegante como falsedad y mala fe notorias, después, y los fantásticos escritos de Pierre Mathieu, editados en Madrid por Valladares, en 1788, así como los del famoso y embustero César Vichard, abad de Saint Réal, cuya novela histórica, titulada *Don Carlos,* apareció en Amsterdam en 1673, siendo profusamente copiada en el siglo siguiente, y uno de cuyos manuscritos ha llegado, no hace mucho, a mis manos, por último (1), constituyen la cantera y el arsenal casi exclusivo de donde han sacado materiales todos cuantos han tratado de escribir la historia del Rey Prudente, no sólo en el extranjero, sino, lo que es peor y aun inconcebible, en nuestra misma patria; tejiendo entre todos esta leyenda verdaderamente infame, que al pretender manchar la fama del rey y el honor del hombre, han inferido también moral e inmerecido agravio a la nación española, que con aquél hallábase íntimamente compenetrada, y de la cual fué precisamente Felipe II la representación genuina, ya que por algo le achacaban los diplomáticos de su época el defecto de ser *demasiado español.*

La verdad, sin embargo, señores, tenía que abrirse paso alguna vez. Y se lo abrió de modo tan completo, que aun sin haberse dilucidado enteramente algunos de los puntos capitales que constituyen el largo reinado del excelso Monarca, nadie que hoy posea una regular cultura, ni que tenga trato, siquiera sea superficial, con los libros, puede hacer suyo el espíritu de aquellos versos, un día tan admirados entre nosotros, y que muestran visiblemente adónde llegan los extremos de la pasión y los prejuicios del sectarismo, aun en aquellas almas privilegiadas a quienes el genio marcara y señalara por suyas:

---

(1) No hace mucho, adquirí, con otros libros y papeles viejos, uno manuscrito, de letra del siglo XVIII, encuadernado en pergamino y que con el epígrafe de "Papeles varios", contenía entre otras cosas, la llamada *novela histórica* del Abad de Saint Réal, *El príncipe don Carlos,* prueba de lo profusamente que en aquel tiempo se copió y divulgó. No deja de ser curioso que en otro de dichos libros, de letra y encuadernación parecidos, se hallaba el *Norte de príncipes,* de Antonio Pérez.

"La aleve hipocresía
en sed de sangre y de dominio ardiendo,
en sus ojos de víbora lucía;
el rostro enjuto y míseras facciones
de su carácter vil eran señales (1).

Las investigaciones de Gachard, en los archivos de Bélgica, Francia, Italia y España, que dieron por fruto sus conocidos libros sobre el príncipe don Carlos y otros personajes de la época y su publicación de las "Relaciones" de los embajadores venecianos, así como de la correspondencia de Felipe II con sus hijas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, desde Portugal, cartas en las que aparece un Felipe II desconocido hasta entonces, cariñoso, afable y amantísimo de su familia, como puede serlo el padre más tierno y más solícito; los libros de Baumstark, traducido y prologado por Godofredo Kurth; de Naméche, de Marcks, de Hume y la del danés Carlos Bratli, cuya obra *Felipe II, Rey de España,* traducida al francés en 1912 y que no ha encontrado todavía quien la vierta al castellano, constituye, pese a la brevedad de su contenido, inspirado, principalmente, en las "Relazione di Spagna" recientemente descubiertas en Florencia y en abundantísimos testimonios manuscritos y bibliográficos, el trabajo más científico e imparcial de cuantos sobre el Rey Prudente han sido publicados, y que añadido a los de Moüy, Longin y Mousset, entre los extranjeros, y Cánovas, Muro, Pérez de Guzmán, Fernández Montaña, Pérez Mínguez y mi querido y buen amigo el docto agustino de El Escorial, padre Julián Zarco Cuevas (2) que, con el Bibliotecario de la Academia de la Historia, padre Guillermo Antolín y demás hermanos de hábito, han convertido el antiguo Cenobio en centro modernísimo de cultura y saber realmente enciclopédicos, entre los nacionales, todos rivalizan a porfía en rehabilitar la buena memoria del gran Rey, cuya complejísima personalidad, desnaturalizada por el odio y el espíritu de partido, falseada por la

(1) Oda de don Manuel José Quintana al Monasterio de El Escorial. —Vid. Obras del citado poeta. Madrid, 1832.

(2) Vid. *Los Agustinos y el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (1888-1910)*, Madrid, 1910, y padre fray Julián Zarco Cuevas, *Escritores Agustinos de El Escorial (1885-1916), Catálogo biobibliográfico,* Madrid, 1917.

leyenda y trastrocada por la fantasía literaria, muéstrase más precisa y más grande a medida que se la estudia y se van conociendo mejor y contemplando más de cerca las diversas y variadísimas facetas de su complicada psicología, verdaderamente *proteiforme*.

De todo se deduce, señores, que estaban en lo cierto nuestros mayores, los contemporáneos del fundador de El Escorial, y que al encumbrarle y alabarle por boca de sus santos y de sus místicos, de sus capitanes y de sus hombres de Estado, de sus escritores y de su pueblo, que le amaba y respetaba y veía en la figura del Rey, no obstante la huella física que en su semblante había dejado la extranjera estirpe de donde procedía, la representación de su carácter, la encarnación de su ideal y la exteriorización en el mundo, por decirlo así, del pensar y del sentir del pueblo español a través del tiempo y del espacio; y creyendo y confesando todo esto, diputaban también a Felipe II como a un Rey eminentemente nacional y al mismo tiempo como uno de los mejores y más completos gobernantes de su país y de su época, pese a los defectos que haya podido tener, inseparables siempre de la mísera condición humana.

No es este, sin embargo, el aspecto bajo el cual voy a considerarle en estos momentos de amena comunicación con vosotros, aun cuando su importancia daría margen a múltiples conferencias, tanto más interesantes cuanto más numerosos vienen siendo de día en día los elementos de juicio y los datos en que éstos se apoyan. Personas bastante más capacitadas que yo lo han hecho y lo harán brillantemente aquí mismo, presentando ante vuestra consideración diversas características de la compleja figura que estudiamos.

Otra muy distinta es la materia de mi discurso, en la cual no hay ciertamente que rebuscar en archivos ni leer en documentos para descifrar en ellos escondidos secretos ni menos adivinar móviles ocultos, aunque inmensa es la documentación y numerosos los testimonios fehacientes, sino contemplar con vosotros las obras que de ese tiempo nos han quedado, más perennes y perdurables que aquéllos, y las cuales, con su muda elocuencia, que tiene aires de semieternidad, nos hablan más claro y con mayor vehemencia que libros y papeles.

Me refiero, señores, a esa modalidad, una de las innumerables que nos presenta el carácter multiforme de Felipe II, que constituye uno de los aspectos menos conocidos y acaso el más simpático y el más indiscutible de todos, y que ayuda poderosamente para el conocimiento de su figura histórica y aun meramente humana.

Ya supondréis que hablo de su amor y afición a las Bellas Artes en todas sus manifestaciones plásticas, que Felipe II amó y conoció, tal vez, como ningún soberano de su tiempo, de donde se deriva su persistente y poderoso mecenazgo y el sello inconfundible con que supo marcar todo el asombroso florecimiento de su época.

Aspecto tan simpático de su carácter justifica con creces el tema que voy a desarrollar en estos momentos y que no es otro que "El desenvolvimiento artístico de su tiempo y su protección a esa modalidad del espíritu humano".

No era yo, por cierto, el más indicado para discurrir, siquiera sea breves momentos, sobre tema tan interesante, que requería estudios más profundos, sentido crítico más afinado y penetrante, y, sobre todo, verbo más elocuente que el pálido e incoloro de que me es dado disponer para elogiar como es debido la fina intuición del rey Felipe, sus entusiasmos por la belleza, su clara percepción artística, y, en fin, sus esfuerzos, traducidos en actos, por crearla, difundirla y darla a conocer, que, no obstante sus tareas de hombre de gobierno, sus preocupaciones de político y sus cuidados de regidor y conductor de pueblos, fué para él una de las más grandes y persistentes ocupaciones de su vida.

Sírvame de disculpa mi viejo amor a esta gran figura, el cual, datando de aquellos tiempos ya lejanos que señalaron mi paso por las aulas, creció y se avivó luego de tal modo, que hoy es para mí el Rey Prudente uno de nuestros monarcas más preclaros y el más grande y de mayor alteza de miras de todos los gobernantes de su época.

Por eso me ha irritado siempre la injusticia con que se le ha solido tratar; por eso he sentido verdaderos anhelos de su rehabilitación ante ese mundo que un día tuvo entre sus manos, y por eso, ante la cortés y afectuosa invitación con que se me ha hon-

rado, aun sobreponiéndome a circunstancias para mí verdaderamente dolorosas, no he podido sustraerme al natural deseo de contribuír, siquiera no sea más que con el menguado patrimonio de mi concurso harto modesto, a esa obra de justísima reparación en que tantas inteligencias rivalizan con ocasión del cuarto centenario del nacimiento del gran Rey.

I

Antes de desflorar la materia, es lógico que deseéis conocer al personaje cuyas gestas artísticas y culturales yo trato de narraros en esta Conferencia, y para ello, nada más seguro que acudir a la serie iconográfica que de él nos han dejado los grandes pintores de su siglo y muy especialmente Tiziano y Moro, de su juventud y virilidad, y Pantoja, de su vejez.

Entre los diferentes retratos que de Felipe II hizo el gran maestro de Cadore, por cierto ya en los últimos años de su ancianidad siempre floreciente, dos hay que nos muestran al Rey de España, príncipe heredero a la sazón, en todo el vigor de su juventud y en todo el esplendor de su proverbial y señoril elegancia, que conservó aun al declinar de la vida, si bien simplificada entonces con la sencillez de su vestido, que las reiteradas desgracias de familia le impusieron desde la muerte del príncipe don Carlos.

Hállase uno de dichos retratos en el Museo del Prado, y en él represéntase a Felipe revestido de media armadura, magníficamente damasquinada y cincelada, bajo la cual asoma el traje de corte de seda blanca, que tan bien sienta a su buen talle y a su apostura suelta y varonil. Llaman la atención en el lienzo de que os voy hablando la blancura de su rostro, el rubio claro de sus rizados cabellos cortos, a la moda de entonces, como los llevaba su padre el Emperador, y la dulzura de sus ojos azules, que denuncian a las claras la estirpe extranjera de Habsburgos y Borgoñas.

No se diferencia mucho este retrato de otro, debido al pincel del mismo autor, existente en Florencia, en la Galería del Palacio Pitti. En él viste el Rey magnífico traje de seda y terciopelo sin militares arreos, y luce tan sólo el collar de la insigne Orden del Toisón; pero trascienden de toda su persona las amables

cualidades que los embajadores venecianos le reconocieron en sus "Relaciones" y que tan simpático y atractivo le hicieron entre las damas y cortesanos de Italia con ocasión de su primer viaje, siendo príncipe aún, a aquellos Estados de la Corona de su padre.

Algunos años después, empuñando ya el cetro de dos mundos, le retrató el holandés Antonio Moro, cuya pintura, existente hoy en el Palacio de El Escorial, no cambia esencialmente las facciones del Monarca, en traje y armadura militar, pero acentúa más la gravedad del rostro, *el sosiego* enteramente español de que luego habían de hablar sus contemporáneos extranjeros, y disminuye tal vez un poco aquella nativa elegancia con que Tiziano había sabido pintarle, que reaparece, completamente a la española y en medio de la sencillez de su traje negro y del típico sombrero de rizo, en los retratos de Juan Pantoja de la Cruz, y de modo singular en el estupendo y magnífico (1) de la Biblioteca de El Escorial, cuando el Rey contaba setenta años de edad y la gota había comenzado a deformar y entorpecer sus miembros, sin hacerle perder, sin embargo, su grande y señoril prestancia.

Si nos fijamos en esa serie de retratos hechos en épocas distintas de su vida, en todos vemos, claro es que aumentados o disminuídos por los años y los disgustos, los rasgos característicos y peculiares de Felipe II, de los cuales pueden deducirse muchas de sus típicas y esenciales cualidades, que no en balde se ha dicho ser el rostro fiel reflejo del alma.

Al contemplar esos rasgos fisonómicos, al punto échase de ver la firmeza de carácter, nunca desmentida en medio de las mayores contrariedades, la austeridad de sus costumbres, la cortesanía de sus maneras y el aire de intelectualidad aristocrática y de nobleza cumplida que su rostro y su porte reflejan.

---

(1) Por más que comúnmente ha venido atribuyéndose a Juan Pantoja de la Cruz el magnífico retrato de Felipe II viejo, que se admira en la Biblioteca de El Escorial, lo cierto es que no tiene firma, detalle que no falta en la generalidad de las obras de dicho pintor. Por eso dudan algunos que sea de su mano, habiendo quienes sospechan ser acaso su autor la hija de Alonso Sánchez Coello, fundándose en la finísima factura de alguno de los trozos de este retrato, el rostro y las manos, por ejemplo.

Por eso afirma con toda verdad una curiosísima Relación veneciana de 1572 (1) que "Su Majestad es de estatura mediana; de miembros robustos y perfectamente proporcionados; de pelo rubio y barba con suficiente soltura...; el labio inferior supera al de arriba, pero sin dar fealdad al rostro"; y Michel Soriano (2), embajador de la misma República, confirma y desarrolla tan satisfactoria descripción con estas palabras: "Aunque sea de no muy levantada estatura es, sin embargo, tan bien formado y las partes todas de su cuerpo tan proporcionadas y correspondientes al todo, vistiendo con tanta elegancia y tanto juicio, *que no se puede ver ni dar cosa humana más perfecta.*"

No de otro modo se expresa Cabrera de Córdoba, contemporáneo del Rey Prudente (3), cuando escribe: "Tenía la frente señoril, clara, espaciosa; los ojos grandes, despiertos, garzos, un mirar tan grave que ponía reverencia al mirador y le agradaba. La hermosura digna de imperio; era de gran ornamento en la forma del cuerpo, conveniente a su dignidad, con partes con cierta gracia y perfección entre sí y con el ánimo tan correspondientes, que de los rústicos, que ni le conocieron y le vieron, en compañía o solo, en una selva, juzgándole digno de toda veneración, era saludado con reverencia."

Añádanse ahora a estas prendas naturales las adquiridas por una educación esmerada y cuidadosa en que su madre, la Emperatriz Isabel, y la dama predilecta de esta señora, la portuguesa doña Leonor Mascareñas, desarrollaran las dotes del corazón, y el Emperador, su padre, con quien el Príncipe se mostró en toda ocasión íntimamente unido, y los preceptores y maestros cuidadosamente escogidos por aquél los de la inteligencia y aun los puramente físicos, y no habrá de extrañarse luego que el fruto fuera copioso ni que el Monarca, preparado y capacitado para regir y gobernar un dilatado Imperio, más grande que el

(1) *Relazione curiosissima della corte di Spagna fatta l'anno 1572 da un cortigiano del Tieppolo ambasciatore della Republica de Venetia apresso Filippo d'Austria Re di Spagna* (Manuscrito en la Biblioteca Primada de Toledo, citado por Fernández Montaña en su libro *Nueva luz y juicio verdadero de Felipe II.* Madrid, 1891).

(2) *Relationi dal chiarissimo M. Michele Soriano, ambasciatore ritornato da Filippo Re di Spagna.* Ibid.

(3) Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II rey de España,* Madrid, 1876.

de soberano alguno del orbe, diera muestras tan cabales de su magnificencia y generosidad y de su depurado gusto artístico, innato desde su adolescencia y en ella cultivado y desenvuelto merced a las enseñanzas y disciplinas entonces aprendidas.

El futuro arzobispo de Toledo, Martínez Pedernales, o Silíceo, como elegantísimamente le llamó Luis Vives en sus "Diálogos", dedicados a don Felipe, al latinizar el duro y prosaico apellido, familiarizó al Príncipe de España, según se le denominaba entonces, con los secretos de las Matemáticas, las profundidades de la Filosofía y las bellezas del latín y de los estudios clásicos por Silíceo conocidas a fondo, ya que no en balde había explicado y comentado tales disciplinas en París, Alcalá y Salamanca, y cuyas enseñanzas, amén del conocimiento de las lenguas italiana y francesa, hubieron de alternar, un poco más tarde, con aquellas otras de cultura puramente física y de maneras y costumbres cortesanas, en las cuales adiestró al heredero del César el comendador de Castilla don Juan de Zúñiga, uno de los más corteses y cumplidos caballeros de aquel tiempo.

De las lecciones inculcadas por el maestro Silíceo nació en Felipe II aquella su constante admiración a los monumentos de la antigüedad, que en Mérida, al ir a posesionarse del reino de Portugal, pudo conocer y estudiar a su sabor, acompañado y asesorado por Juan de Herrera; sus aficiones por la arquitectura y su culto por Vitrubio, cuyos cánones y reglas muy a fondo conocía, y, en fin, su buen gusto y refinada cultura en materias artísticas que la posteridad puede admirar todavía en los innumerables testimonios que de esas aficiones y de esos gustos nos han quedado y en pie permanecen aún para eterna gloria de quien supo crearlas y darles vida en el mundo del arte.

Hay otra circunstancia, señores, que influyó también de manera poderosa en el culto rendido por Felipe II a las Bellas Artes y fué su viaje a Italia, Flandes y Alemania, sabiamente ordenado y regulado por Carlos V y en el cual, no sólo trabó conocimiento con sus futuros súbditos forasteros, sino que aprendió a conocer sus costumbres, a familiarizarse con su Geografía y con su Historia y aun a reunir y traer a España las magníficas primicias de su luego maravillosa colección de arte y de riqueza.

Y entonces fué cuando, en medio de las fiestas, de los saraos y de los suntuosos arcos triunfales erigidos en Génova, en Milán, en Mantua y en Bruselas para recibir dignamente al futuro "heredero del mundo", a la "esperanza del siglo", como los vasallos del Emperador se complacían en saludar al Príncipe, según Bratli (1); entonces, cuando hospedándose en Génova y en Milán, en los palacios Doria y Borromeo, y contemplando las riquezas y magnificencias de aquella Italia en que el Renacimiento había dejado la espléndida y perdurable huella de su paso, sintió el Príncipe español la necesidad de admirarlas y el deseo de poseerlas para reproducirlas en sus reinos de España, en donde la influencia del arte italiano, que en otro tiempo habíamos sentido, como Italia sintió asimismo nuestro genio y nuestro influjo, según Croce no puede menos de reconocer, volvió a fructificar entre nosotros; y al trasplantarse a clima y país distintos, encontróse frente a frente con una raza de tan enorme fuerza de asimilación, que lo viejo transformó en nuevo, merced a su soplo creador, que hartas veces en la historia del arte dió pruebas elocuentes y asombrosas de su originalidad y del pujante poderío de su talento.

Pocos años después y a raíz de otro segundo y último viaje de don Felipe a Flandes y Alemania, para recoger allí las postreras instrucciones y consejos de su padre, próximo a retirarse a Yuste, y recibir de sus manos ya cansadas la investidura de tantos reinos y de tantos y tan dilatados señoríos, ciñe las coronas de todos ellos y empuña su cetro; y muy poco tiempo después, ansioso de cumplir los deseos manifestados por Carlos V en su testamento, a la vez que el voto hecho a Dios en memorable empresa guerrera, le vemos ya concebir, planear y llevar a vías de ejecución la magna y portentosa fábrica de San Lorenzo de El Escorial, construcción, en sentir de Justi, sin similar en el mundo y que por ello, sin duda, fué bautizada con el nombre de su "Octava maravilla", no sin motivo, en opinión del benemérito catedrático alemán a cuyos "Estudios de Arte Español" (2)

(1) Carlos Bratli: *Philippe II, Roi d'Espagne, Etude sur sa vie et son caractère.* París, 1912.

(2) Carlos Justi, *Estudios históricos de Arte español.* Vid. especialmente las tituladas: *Felipe II protector de las Artes, El antiguo alcázar*

tanto tenemos que agradecer por haber sido su pluma la primera que en tiempos modernos se esgrimió para presentar al Rey Prudente bajo un prisma completamente nuevo, el de *Amigo y protector de las Artes,* que para todos había pasado inadvertido, no obstante las innumerables pruebas que de sus predilectas aficiones existían y que dos siglos y medio antes habían dado a conocer el castizo Sigüenza y el erudito y modesto Baltasar Porreño.

Y en ese portentoso edificio, cuyo rápido y feliz remate, único tal vez en los fastos de la Arquitectura, bastaría para dar fama perdurable a su creador; en esa vasta enciclopedia de granito, permitidme la frase, que es al mismo tiempo iglesia para Dios, palacio para el Rey, tumba para los muertos, albergue para las Letras, biblioteca para las Ciencias y museo para las Artes; en ese inmenso poema de piedra que la devoción fervorosa y el amor a lo Bello, aliadas de consuno en la persona de un rey, dedicaron a la Religión, al Arte y al Saber, es donde se aprecia, como en ninguna de sus obras, el genio y el carácter de Felipe II, a cuya imagen y semejanza fué hecha la formidable fábrica, cuyo plan es enteramente suyo y cuya traza de tal suerte le personifica y representa, que aun hoy, pese al tiempo transcurrrido y a las contingencias de lo transitorio, El Escorial es él y nada más que él. Y al penetrar en su vastísima iglesia, que San Pedro del Vaticano inspirara tal vez, y visitar su biblioteca, y recorrer sus claustros y las antiguas estancias de su Palacio Real, creyérase ver todavía vagar por patios y corredores la sombra del Rey fundador deteniéndose en todas y cada una de las particularidades del famoso edicio a quien su poderosa personalidad dotara de vida y transmitiera su alma y su genio, que hoy alientan y viven aún, a través de aquellos sillares, en donde perdurarán de siglo en siglo, mientras la fábrica se mantenga en pie y participando siempre de la inmortalidad de su espíritu.

Cuando leemos en la Crónica del padre Sigüenza (1), quien

---

de Madrid y Jerónimo Bosch, tomo II. Publicado por la "España Moderna". Madrid.

(1) Padre fray José de Sigüenza, *Historia primitiva y exacta del Monasterio del Escorial... Escrita en el siglo XVI por el padre fray José de Sigüenza, Bibliotecario del Monasterio y primer historiador de Felipe II,*

como nadie ha historiado y descrito el Monasterio, del cual fuera Prior y uno de los primeros bibliotecarios de su Real Librería, que una comisión de médicos, naturalistas y arquitectos fué la encargada por el Rey, de acuerdo con éste, para elegir el sitio en donde el Monasterio había de ser edificado, compréndese al punto la clarividencia y el sentido estético de Felipe II, que al preferir para situar su obra predilecta un lugar deshabitado y cuyo solo indicio de vida era la en aquel tiempo miserable villa de El Escorial, que desde entonces se denominó de Abajo, miró seguramente, no la "apacibilidad del clima, frescura de sus aires y pureza de sus aguas", amén de su proximidad a la capital de la Monarquía, sino también y de un modo singular, a la austera hermosura del paisaje, marco incomparable y único de la construcción que proyectaba y que con aquél íntimamente se compenetra, se armoniza y se funde.

Porque no hay duda, señores; quien poseyó el magno acierto de idear y llevar a cabo la inmensa fundación escurialense; quien tuvo el genial atisbo de colocarla en el fondo espléndido en que se admira y con el cual se identifica de tal suerte, que ni el Monasterio se concibe sin el paisaje que le rodea, ni éste puede tampoco ser gozado en toda su agreste y severa grandeza si le falta el complemento del colosal Cenobio, incrustado y encajado, adrede, en el espacio libre que las montañas próximas consienten; quien hizo todo eso por propia iniciativa, sin consejo ni inspiración ajenas, antes imponiendo a técnicos como Juan Bautista de Toledo y al montañés Juan de Herrera cánones y normas que luego habían de reflejarse en las trazas y planos de aquellos dos ilustres arquitectos; quien llevó a feliz término, repito, empresa tan colosal, acometida y acabada de un solo aliento, y sin la menor interrupción, aun cuando no tuviera en su haber más pruebas de su competencia artística y de su predilección por lo intensamente grandioso, por fuerza habría de ser calificado de *artista* y de alma que sabe sentir y comprender los secretos y las exquisiteces de lo Bello.

---

arreglada por don Miguel Sánchez y Pinillos. Madrid, 1881. Esta Historia, que forma parte de la General de la Orden de San Jerónimo escrita por el mismo autor, ha sido publicada, en su totalidad, en la Nueva Biblioteca de Autores españoles. Madrid.

Yo, que por aficiones de *turista,* una veces, y por atender a la salud de los míos, otras, he visitado reiteradamente y a todo mi sabor, durante días y aun meses, la maravilla escurialense; yo, que he admirado y admiro sin cansancio aquella portentosa fábrica de granito, que si dejó malhumorados a escritores como Gauthier se debe a que tanto él como quienes le copian fueron incapaces de comprender el genio y el temple de la raza hispánica, en aquellas piedras inmortalizados y esculpidos; yo, que he escalado las alturas circunvecinas desde las cuales se divisa el enorme cuadrilátero flanqueado de tierras y coronado por el inmenso cimborrio de su admirable basílica; yo, que desde allí he podido apreciar la unidad compleja de su planta y la variedad uniforme de su interior distribución, cual si se contemplara desde la cabina de un aeroplano; yo, que me he internado por las frondosas alamedas y rumorosos boscajes de la Herrería y ascendido al colosal peñasco que la tradición, tal vez sin fundamento, ha bautizado con el significativo nombre de Silla de Felipe II por creer que como tal la utilizaba el Rey para contemplar su obra predilecta en las diferentes fases de su construcción, y desde allí la he visto y la he gozado, pareciéndome distinta desde cada mirador, pero siempre grande, puedo aseguraros que sea cualquiera el punto de vista que se tome y elíjase el camino que se quiera, desde la cumbre o desde el valle, desde la montaña o desde el llano, siempre recibiréis la misma impresión de asombro, de grandeza, de majestad y de armonía; porque la grandiosidad de la masa, casi ayuna de ornamentación, gracias al empleo del más severo de todos los órdenes clásicos de arquitectura, se alía con la proporción y con la línea y se funde con el paisaje, de tal manera, que el formidable conjunto parece algo así como la eflorescencia natural de aquel suelo poblado de pinos y de robles, sembrado de peñascos, a los cuales aventaja y domina.

Y si a esta representación material y sensible le añadís su espiritual simbolismo, dotándola de alma, entonces la impresión es tan soberanamente grande que ya no la olvidaréis nunca, porque allí veréis grabada con caracteres imborrables la historia de una raza que asombró al mundo con la alta fama de sus

hechos en el período culminante de su gloria y en el momento de su magnífico apogeo.

Por eso, el grandioso edificio, semejante a Coloso gigantesco, está siempre firme y alerta, seguro e inconmovible, lo mismo cuando el Sol lo alumbra con sus rayos de fuego y semeja colosal relicario de oro y pedrería, como cuando la nieve al coronar los montes cercanos da a la piedra ese claro tinte gris que atenúa y esfuma el detalle para no dejar ver sino la grandiosidad de la mole, o los vientos huracanados allí reinantes, rebramando en las profundidades del valle, amenazan barrer, destruír y descuajar cuanto encuentran a su paso: nada altera la seriedad del Coloso, y allí permanece y permanecerá inmutable, como inmutable y eterno es el ideal que le dió vida, el pensamiento que le hizo surgir y destacarse en la Historia.

Penetrad ahora conmigo, señores, aun cuando sólo sea breves instantes, en el famoso monumento y atravesando el patio de los Reyes, que el toledano e italianizado Juan Bautista Monegro decoró con las colosales estatuas de los monarcas constructores de Israel, contemplad el suntuoso templo, que pintores, fresquistas y escultores ornamentaron y enriquecieron a porfía; ved la hermosura de sus cuadros y de sus estatuas, la riqueza de sus mármoles, el oro de sus bronces, la grandiosidad de su planta; recorred los claustros y galerías del Monasterio, en donde, a pesar de haber desaparecido muchas, amontónanse todavía las obras maestras, especialmente de pintura; no dejéis de asomaros a los patios y muy en particular al sin pareja llamado de los Evangelistas, cuyo clásico templete, revestido al interior de mármoles y jaspes, trazó Herrera y labró Monegro, dejándonos una de las obras más admirables de la inmensa construcción, en donde el ánimo descansa viendo cómo discurre quieta y cristalina el agua de sus cuatro estanques, en cuya tersa superficie se reflejan el cielo y las columnas y arcadas que cierran el patio, emergiendo de entre los bojes simétricos de sus jardines, cuyo verde un poco severo alegra el vivo color de los rosales; y como si lo sostuvieran con sus cuerpos de blanquísimo mármol de Génova, que el tiempo no acabó de ennegrecer, álzanse las cuatro estatuas de los evangelistas, de cuyos pedestales brotan las aguas que alimentan los estanques,

con tal espiritual y teológico simbolismo, que en él se adivina sin esfuerzo la ciencia escrituraria de Sigüenza refrendada por el Rey en aras de la fe y en servicio del arte; visitad, en fin, la magnífica Biblioteca, una de las joyas más espléndidas de aquella colección que tantas tiene y que Tibaldi, copista e imitador de Buonarrotti, ayudado por Carducci y secundado por los Castello, cubrió de soberbias pinturas al fresco, representando, gracias también a la clásica y fecunda intentiva de Sigüenza, las siete artes liberales y sus alegorías; encuadradas unas y otras por la riquísima y exuberante ornamentación *grutesca,* en donde el vivo color de sus motivos, la brillantez del oro de sus fondos, la fantasía y variedad de la invención alegran y recrean la vista, y tendréis una sintética pero imperfectísima visión de lo que es aquel conjunto de riqueza, de hermosura y de arte que se llama el Monasterio de El Escorial.

Pero, dado el múltiple carácter de que Felipe II había querido revestirle desde que lo concibió, y supuesta la magnificencia que a su fábrica deseó imprimir, era forzoso que todas las Bellas Artes contribuyeran al unísono a embellecerlo y exornarlo.

Por eso el Rey emprendió aquella memorable, por decirlo así, *cruzada artística,* que publicando la buena nueva en todos sus vastísimos dominios, de ellos supo sacar pintores, escultores y arquitectos y, en suma, todo género de artistas, cuya brillantísima labor ha quedado señalada en la grandiosa fábrica por el esplendor y la belleza de sus obras.

Y al mismo tiempo que el mísero lugar de El Escorial, casi solitario hasta entonces y sin vida, la cobraba robusta e intensa, gracias a la activísima generosidad de Felipe, de Italia y de las mismas ciudades castellanas, venía también aquella pléyade de artistas, cuidadosa y aun trabajosamente buscada, y requisada, muchas veces, por la solicitud de Vargas, Olivares, Requesséns y demás embajadores y agentes del Rey Católico, instados y apremiados por éste para no perder ocasión ni coyuntura y traer allí lo mejor de que entonces se envanecía Europa.

Así dejaron en la iglesia, salas y claustros del Monasterio sus obras capitales (1) los Castello y los Carducci, los Cinci-

(1) Fray José de Sigüenza, obra citada.—Justi, Ibid.—Sánchez Cantón, *Los pintores de Cámara de los Reyes de España.* Madrid, 1916.

natto y los Tibaldi, los Cambiaso y los Zúcheri, soberbiamente remunerados por el regio Mecenas y vueltos luego a su patria, muchos de ellos a gozar tranquilamente las pingües rentas vitalicias por aquél asignadas; y los españoles Carvajal, Barroso, Sánchez Coello, el Greco, que no acertó a agradar al Rey en su San Mauricio, cuyo extraño colorido para los gustos de entonces tal vez hubiera disonado en su altar de la basílica, pese a los formidables aciertos de su composición y de su técnica, y el gran mudo riojano Juan Fernández Navarrete, que entonces descolló entre todos, italianos y españoles, y del cual cantó Lope aludiendo a su maestría, en relación con su conocido defecto físico:

"No quiso el cielo que hablase
porque con mi entendimiento
diese mayor sentimiento
a las cosas que pintase.
Y tanta vida les dí
con el pincel singular,
que, como no pude hablar,
hice que hablaran por mí."

Aun cuando en El Escorial abundan las obras maestras, es forzoso convenir que, en general, no fué Felipe II muy afortunado en la elección de pintores que adornaran y embellecieran su Monasterio, debido principalmente a que la penuria artística entonces imperante en Europa y de modo especial en Italia, en donde la afectación y el *manierismo* habían enturbiado y empobrecido la fantasía y brillantez nativas, no toleraba mayores empeños, a pesar de lo cual pueden considerarse como obras maestras los geniales frescos de Peregrín Tibaldi, que exornan claustros y biblioteca, y el magnífico apostolado de Navarrete, la más bella colección pictórica de la iglesia, y de cuyas expresivas figuras dijo sin duda Lope en su *Laurel de Apolo* "que ningún rostro pintó que fuese mudo". ¡Lástima no pueda decirse otro tanto de todos los cuadros de los pinceles de aquella colonia artística extranjera y muy en especial de los del florentino Federico Zúcheri, cuya fama, dice Sigüenza, era tan grande, que faltó poco para que "le saliéramos a recibir con palio", pero cuyas obras desagradaron al Rey de tal suerte, que mandó inutilizar y variar la colocación de una buena parte de ellas,

despidiéndole al fin, aunque magníficamente recompensados sus poco útiles servicios!

Y si a las pinturas ejecutadas por los artistas que Felipe II hizo venir de fuera se añaden las allegadas mediante una cuidadosa e inteligente selección, no sólo adquiriéndolas de sus poseedores, como las de Jerónimo Bosch, compradas a la familia del famosísimo coleccionista y aun crítico de arte, don Felipe de Guevara, tan apreciadas entonces por el Monarca como lo son hoy por los inteligentes, y de las cuales, según Justi, posee El Escorial la colección más completa y en mejor estado de conservación, sino encargadas directamente a los contados grandes artistas que a la sazón florecían en Europa, entre los cuales descollaban entre todos los maestros de la pintura veneciana, entonces sí que podemos explicarnos que el Monasterio escurialense haya podido reunir en su recinto lo más perfecto y acabado de la pintura universal, con muchas de cuyas obras se enriqueció el Museo del Prado, no pocas fueron víctimas de la rapacidad francesa, durante la guerra de la Independencia, y las que aún existen en él bastan para convertir El Escorial en magnífico e inapreciable Museo.

Y a los cuadros flamencos de Bosch, Van der Weyden, Memling, David, Gossaert, Christus, Patinir y Coxcie; a los germánicos de Durero y de Holbein; a los italianos de Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, Correggio, Bassano, Sebastián del Piombo y tantos otros, por Felipe II adquiridos y comprados (1), hay que sumar de un modo especialísimo los encargados a Tiziano Vecelli, a quien el Rey llama cariñosamente en su correspondencia "amado maestro" y cuyo trato y amistad, cultivado por aquél desde que era príncipe, no dió fin sino con la muerte del nonagenario artista, que cargado de años y con el pulso tembloroso, pero despierta y joven la inexhausta fantasía, supo concebir y ejecutar para el Rey de España, para el "gran Felipe, su señor", como le apellida en una de sus cartas, esa magnífica serie de asuntos religiosos y de "fábulas" profanas, que, exhibidas unas en El Escorial y otras en nues-

(1) Vid. padre Zarco Cuevas, *El Monasterio de S. Lorenzo el Real de El Escorial y la Casita del Príncipe*. Madrid, 1926.

tra sin par Pinacoteca nacional, forman esa única e inapreciable colección que es preciso estudiar en conjunto y en detalle para apreciar las eximias cualidades de aquel gran pintor y admirar su inagotable inventiva, su jugoso colorido, los contrastes de sus luces y de sus sombras, la sabia gradación de sus tonos y, en suma, esos portentosos aciertos que hacen del viejo y fecundísimo maestro de Cadore uno de los pintores más grandes y más completos del mundo, y al cual, para honra nuestra, tanto distinguieron y protegieron los dos más grandes monarcas austriacos.

Pero no se contentó con eso el fundador de El Escorial, sino que en su afán de traer a España y reunir en su querido Monasterio lo más perfecto y acabado que entonces producía el genio del arte, y sin éxito sus gestiones para traer aquí a Pablo Cagliari, bien hallado en su patria y a quien la posteridad conoce con el sobrenombre de *el Veronese,* a él y a su no menos ilustre compatriota, Tintoretto, encargó diferentes cuadros, que en El Escorial y en Madrid muestran los maravillosos rasgos de aquella pintura opulenta y magnífica que había de inmortalizar para siempre una de las escuelas más brillantes de la pintura universal, aquella que recibió su nombre de la poética y sin par *ciudad de las lagunas.*

Y a la pintura siguió la escultura, que en El Escorial tiene cumplida y espléndida manifestación, ya que por algo escogió Felipe II para representarla con honor a los mejores artistas que en ese género sobresalían en Europa, una vez muerto Miguel Angel. Los Leoni, de Arezzo (1), León, que había labrado ya para el Emperador en diferentes obras que hoy se admiran en el Museo del Prado, y su hijo Pompeyo, autor de los famosos Enterramientos Reales de la basílica escurialense, trabajaron sin tregua ni descanso, durante su vida, para dar abasto a los incesantes encargos de su regio y generoso cliente.

Y de este modo surgieron a la vida eterna del arte las colosales estatuas de bronce, que Juan de Arfe y Lesmes Fernández del Moral doraron y retocaron, de los Apóstoles, Evangelistas

(1) Vid. E. Plon: *Leon Leoni et Pompeo Leoni, sculpteurs de Charles V et Philippe II.* París, 1882.

y Doctores del altar mayor del templo, y el magnífico Cristo que lo corona, el mejor, en sentir de Tormo, de los varios de igual materia que atesora el Monasterio, y, en fin, los monumentos sepulcrales del Emperador y su familia y de Felipe II y la suya, que a ambos lados del altar, con la riqueza de sus mármoles y jaspes, el dorado de los bronces, el primoroso recamado de sus mantos de Corte y la policromía de las piedras finas que forman escudos y blasones, hacen de ellas una obra majestuosa, tal vez única, en la cual los eximios estatuarios, realistas sin exageración y nobles sin pedantería, no sólo dejaron huella perdurable de su paso, sino que influyeron de un modo indudable sobre nuestra escultura nacional, ya mediante las estatuas escurialenses, ya también merced a otras varias que Pompeyo ejecutó entre nosotros y de las cuales son muestra la magnífica de Carlos V del Museo del Prado, modernamente reproducida en el Palacio Real y en el Alcázar de Toledo, y los monumentos sepulcrales del cardenal Espinosa, en Martín Muñoz de las Posadas, y más aún el soberbio del inquisidor Valdés, en Salas de los Infantes, en el cual el segundo de los Leoni dejó el firme trazo de su genio por los primores de la factura y la originalidad de la composición.

Algo parecido puede afirmarse del célebre milanés Jácome Trezzo, escultor, lapidario y orfebre, cuyo tabernáculo de la basílica de El Escorial, a punto de ser transportado a Francia en 1809, como tantas otras preciosidades artísticas que entonces desaparecieron, constituye una de las obras maestras del celebérrimo Monasterio.

Y en la Arquitectura, en que tan entendido se nos mostró Felipe II, porque como escribe Porreño (1): "Fué diestrísimo en la Geometría y Arquitectura, y tenía tanta destreza en disponer las trazas de los palacios, castillos, jardines y otros usos, que cuando Francisco de Mora, mi tío, trazador mayor suyo, y Juan de Herrera, su antecesor, le traían la primera planta, así mandaba quitar o poner o mudar como si fuese un Vitrubio o Sebastiano Serlio"; en ese noble arte hizo de El Escorial no solamen-

(1) *Vida y hechos del Sr. Rey D. Felipe II, el Prudente, por el licenciado Baltasar Porreño.* Valladolid, 1863.

te una obra sin pareja conocida, sino, además, enteramente original y española; porque si bien hay quienes opinan —Justi entre ellos— que ese estilo potente y grandioso, en que la ornamentación casi no existe —*desornamentado* se le denominó en su tiempo— y la masa, la línea y la proporción son sus casi únicos elementos, existía ya en el Norte de Italia, es lo cierto que de él hicieron Juan Bautista de Toledo, antes, y Juan de Herrera, que modificó y perfeccionó el trazado bajo la constante vigilancia de Felipe II, después, algo exclusivo y único, sin comparación posible, que con su magnitud, su majestad y su fuerza de expresión es, a no dudar, la típica imagen del carácter y del ideario de aquel Rey, que por serlo del pueblo español, con él estrechamente identificado, es también el símbolo de la raza en los tiempos en que la Providencia y el esfuerzo de sus hijos la habían hecho poderosa y grande.

Tiene el estilo *herreriano,* que luego se popularizó y difundió entre nosotros, aunque sin la grandeza y amplitud de El Escorial, otra significación y es la de haber puesto fin a la prolija filigrana plateresca, contra la cual reaccionó, inaugurando, sin duda como protesta, el imperio de la línea, el predominio de la masa y la armonía de la proporción, para caer, andando el tiempo, como quiere Otto Schubert, en la pomposa hojarasca del barroco, puesto que las sucesivas transformaciones que en él introdujeron los Mora y sus discípulos e imitadores, engendraron, por fin, a Churriguera, dando por resultado esa otra modalidad importantísima que lleva impropiamente su nombre y que mirada un tiempo despectivamente, suscita hoy el estudio de los sabios y la admiración de los artistas por la riquísima imaginación que supone, la técnica que revela y el sello de originalidad en que se inspira.

Y es que en Arte, señores, no hay ni puede haber monopolios: sus formas de expresión continúan transformándose de siglo en siglo y a condición de que la obra emocione suscitando ideas y dando lugar a sentimientos, todo puede ser artísticamente bello, sea cualquiera el modo como se lo represente, a la manera que lo es el mar, bien cuando sus aguas en calma reflejan el azul de un cielo sin nubes y en ellas brillan y se refractan los rayos del Sol, bien cuando, a impulsos de la tempestad, tórnanse

cárdenas y encrespadas para formar esas olas gigantescas que la tierra es a veces impotente para contener y domeñar.

Bien quisiera hablaros de las artes industriales, por decirlo así, que concurrieron a la magnificencia de El Escorial y de los innumerables artistas, mayores y menores, peritísimos en todas, que allí pusieron su genio y los primores de su ejecución; pero se haría esta conferencia interminable, y por eso cederé la palabra al clásico, Sigüenza, que con su admirable lenguaje, digno del que emplearon los más grandes prosistas castellanos, los sintetiza así: "...Entre estos maestros públicos que hacían tan acordado bullicio (los de las obras exteriores) había otros más secretos y retirados, como eran muchos pintores y de gran primor en el Arte que llamaban ellos valientes: unos hacían dibujos y cartones y otros ejecutaban; unos labraban al óleo tableros y lienzos, otros al fresco las paredes y los techos, otros al temple; otros iluminaban, otros estofaban y doraban; y otros muchos, porque los juntemos con éstos, escribían libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los encuadernaban."

"De este género y no menos primor había gran copia de bordadores, que iban haciendo ornamentos del culto divino, para altares y sacristía, en telas de raso, marañas, terciopelo, brocados: unos matizaban con extraño primor, otros bordaban, otros hacían franjas y cordones. Sin esto, otra diferencia de maestros más extraños para los metales, unos hacían órganos y otros campanas; unos vaciaban grandes planchas de plomo y otros machacaban las unas con las otras para diversos ministerios e instrumentos."

Así no es de extrañar, señores, que en aquel humildísimo y despoblado lugar, cuyo nombre, según algunos, nació de las escorias del hierro forjado por unas pobres herrerías que en él habían establecido su modesta industria, hirviera el movimiento y alentara la vida en una de sus más simpáticas manifestaciones, *el trabajo y el arte,* al mismo tiempo que se ponían también al servicio de la gigantesca obra un sinnúmero de comarcas españolas, en Flandes y en Italia, que no sólo enviaron a El Escorial lo mejor y más famoso de sus artistas de entonces, sino que para El Escorial en todas ellas se trabajó, se montaron talleres y se fundaron industrias.

II

Es posible que haya quienes crean que el pensamiento y sobre todo la ejecución de la portentosa fábrica cuya pronta construcción fué el asombro de su siglo, agotó por completo la actividad de Felipe II, dejándola del todo estéril para empresas y menesteres análogos.

Nada más lejos de la verdad; porque antes y aun después de dar cima y remate a su querido Monasterio, le vemos ampliando y embelleciendo el antiguo Alcázar de Madrid, cuya villa tiene aún pendiente la deuda de gratitud contraída con el Rey a quien debe su capitalidad y los principios de su futuro crecimiento.

Era entonces la mansión de los Austrias confusa y abigarrada mezcla de castillo y palacio, en cuyas heterogéneas construcciones, que nos muestran diferentes planos de la época, podían estudiarse sus diversos destinos, así como las adiciones y reparaciones hechas por los Monarcas castellanos anteriores a Carlos V, que inauguró la serie de obras necesarias para servir decorosamente a su ulterior objeto.

Pues bien, Felipe II las mejoró y aumentó considerablemente, distinguiéndose de un modo especialísimo al embellecer su interior de inestimables obras de arte, muy particularmente de pintura, que Madrazo (1) detalla y Justi, al seguirle, nos enumera, y que tanto en Madrid como en El Pardo, cuyo palacio reedificó asimismo, sirviéndole de modelo una casa de campo que en Inglaterra había visto, eran preciado ornamento de sus estancias y salones.

"En el antiguo Alcázar —dice Justi— que su padre había empezado a reedificar y ampliar y que se conservó hasta el incendio de 1734, había un gran salón semicircular, y en él unos armarios de nogal, tallados y dorados, donde se guardaban los proyectos y Memorias de todas sus grandes construcciones... Guardábanse allí también una colección de planos y vistas de todos los palacios, conventos y caminos del Reino, y los programas de

(1) Pedro de Madrazo, *Viaje artístico de tres siglos por las colecciones de cuadros de los reyes de España.* Barcelona, 1882.

todas las ceremonias y solemnidades, así eclesiásticas como profanas, que en aquella época constituían la preocupación de los españoles... Encima de esta sala estaba la Biblioteca, formada por obras de escritores modernos, italianos, españoles y franceses, sobre *pintura,* arquitectura, antigüedades, geografía y astronomía... y en el piso más alto del Palacio había una habitación, cuyos muros cubrían grandes cuadros tomados de las "Metamorfosis" de Ovidio. Este era el lugar reservado a los hermosos cuadros del Tiziano, de brillante colorido"; y en él lucían los encantos de su composición y la magia de su colorido las *fábulas* mitológicas del gran pintor, que Rubens había de copiar más tarde y que, como la "Dánae", "El Adonis", la "Hermosa con el tañedor de órgano", "La Europa", el "Gran paisaje alpestre con la cacería", "El Antíope durmiente", "Venus haciendo su tocado" y los "Dos baños de Diana", que hoy se hallan en Brirgenwater-House, constituían el más bello ornamento y la joya más preciada del Alcázar de los soberanos españoles.

"¡Cómo brillan y lucen —añade el mismo Justi— las esbeltas figuras de las ninfas que juguetean sobre las aguas espumantes, sobre el verde oscuro de los árboles, a la sombra de los arcos rústicos, con las azuladas montañas de un azul profundo allá en el fondo. Una gracia natural, exenta de todo artificio; una gracia rarísima en aquel tiempo de culteranismo y un colorido cuyo secreto sólo posee Tiziano, ennoblece estas escenas!"

Y en aquellas estancias, embellecidas por el arte inimitable del viejo maestro veneciano y para adornar las cuales fué Felipe II, en opinión de Madrazo, el primer príncipe de buen gusto que atribuyendo a los cuadros el esencial papel que desempeñan como elemento de decoración, por haber yacido hasta entonces enrollados y escondidos en armarios y cajones, ordenó fueran suspendidos en muros y en paredes, formando parte integrante del mobiliario; en aquel oasis de riqueza y de arte, "lejos del mundanal ruido", y como el avaro que a solas desea gozar de su tesoro, entregábase a la contemplación y al estudio de cuadros y tapices, planos y proyectos, libros y estampas y toda suerte de obras raras y exquisitas, heredadas unas y adquiridas por él las más; y allí no dejó de tener alguna vez trato con las

musas, como quiere Gallardo (1) al transcribir en su "Biblioteca de libros raros y curiosos" el desaparecido Cancionero del portugués Faria y Sousa con unas glosas atribuídas a Felipe II, o escribió, tal vez, aquel libro citado por Páez de Castro, "El orden de las criaturas y admirable artificio del Creador", o pintó aquellos cuadros que, como uno de la Sagrada Familia, reseñado por Bratli, vendía, según Justi, para repartir su importe en limosnas a los necesitados.

Era lógico, pues, que honrase a pintores, escultores y arquitectos, con los cuales confería casi diariamente en aquella su habitación del regio Alcázar, discutiendo y aun a veces modificando sus proyectos, "como si fuera un Vitrubio o Sebastiano Serlio", que diría Baltasar Porreño.

Y por honrarlos y distinguirlos no era raro ver al Rey trasladarse a la vecina Casa del Tesoro, en comunicación interior con el palacio, para visitar a Moro, primero, y a Sánchez Coello, su sucesor en el cargo de pintor de Cámara, después, y conversar familiarmente con ambos sin etiquetas ni ceremonias, que en monarca tan observante de las unas y de las otras, es la prueba más evidente de sus arraigadas aficiones al arte y de su amor y aun respeto a los artistas.

Pero no sólo en El Escorial y en el Alcázar madrileño guardaba celosamente sus colecciones de pinturas, sino que en los demás sitios y residencias reales contribuían aquéllas a exornarlas y hacerlas agradables, como podía probarse, por ejemplo,

---

(1) Vid. Bratli, ob. cit., Appendice VIII. Las glosas atribuídas a Felipe II en el cancionero de B. Manuel de Faria y Sousa, transcrito por Bartolomé J. Gallardo en su *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos,* están calcadas en la conocida *canción*:

"Contentamiento, do estás
que no te tiene ninguno?
Si piensa tenerte alguno,
no sabes por donde vas."

Y de ellas la primera dice así:

"Lo que se debe entender,
Fortuna, de tu caudal,
es que siendo temporal
no puedes satisfacer
al alma que es inmortal..."

con El Pardo, en cuyo recién construído palacio se mostraba, entre otros cuadros de subido valor, aquella inestimable colección de retratos de familia firmados por Moro, el Tiziano y Coello, en donde, al lado de los augustos e imperiales progenitores de Felipe II, veíanse sus mujeres, hermanos y descendientes; su hermano bastardo el *Vencedor de Lepanto,* su sobrino Alejandro Farnesio y sus cercanos parientes portugueses y alemanes; colección realmente maravillosa por su significación iconográfica y artística, que pasó a nutrir, acaso en una pequeña parte, las salas de nuestro Museo del Prado, habiendo desaparecido el resto en el incendio de 1602.

Y como si la fiebre *constructora* del Rey no reconociese límites, de ella dejó pruebas indudables en buen número de ciudades españolas, del mismo modo que en muchos de sus vastísimos y extensos Estados.

Y unas veces era la catedral de Valladolid (1), que incompleta y a medio terminar muestra, sin embargo, la grandiosidad de los planos que para ella había trazado Juan de Herrera y que, en opinión de Schubert, la hubieran hecho sin par entre sus iguales; y otras era el alcázar de Segovia, restaurado y ampliado por Francisco de Mora, que en él dejó la huella del nuevo *desornamentado* estilo, y la Casa de la Moneda de la misma vieja ciudad castellana, y el convento de la Trinidad de Madrid, cuya traza, en sentir de Porreño y Ceán Bermúdez, fué obra personal y directa del propio Monarca, y la Lonja de Contratación de Sevilla, por Herrera concebida y planeada, y el Puente de Segovia, en los alrededores de la Coronada Villa, obra del mismo célebre arquitecto, y una gran parte del Palacio y capilla de Aranjuez, cuyos amenísimos jardines embelleció y repobló, estableciendo en ellos el primer Parque Zoológico, por decirlo así, del mundo; la reforma y acabamiento del alcázar toledano, que Covarrubias inició en tiempo de Carlos V, proseguida y terminada en el de su hijo por los Vega y Vallalpal-

---

(1) Vid. José Fernández Montaña: *Felipe II el Prudente, rey de España, en relación con Artes y Artistas, con Ciencias y Sabios.* Madrid, 1912, y el libro del mismo autor *Los arquitectos escurialenses.* Madrid, 1924.

pando; el embellecimiento y urbanización de la nueva capital del Reino, cuya población y caserío aumentaran en tales proporciones, que, si hemos de dar crédito a escritores coetáneos, aquéllos alcanzaron límites realmente inverosímiles durante su reinado, y el de distintos pueblos de dentro y fuera de España, que le deben no pocas mejoras y, sobre todo, reglas y ordenanzas de buen gusto y policía, que se dijeran redactadas en nuestros tiempos, como aquella instrucción enviada al Corregidor y Regidores del Concejo toledano, en la cual se queja el Rey del mal estado de la Plaza del Zocodover, dispone su remedio y estatuye que, en lo sucesivo, cuantas obras se lleven a cabo habrán de pasar por la férula del arquitecto mayor, Juan de Herrera, sin cuyo parecer no podrán ser ejecutadas, y a cuantos propietarios se opusieren les serán expropiados sus inmuebles, previa tasación y justiprecio.

Y aquella enorme capacidad para el trabajo, que constituyó en Felipe II una de sus más salientes cualidades, unida a la constante actividad que de ella debía ser obligada consecuencia, derramóse también fuera del recinto español, y a sus Estados europeos y aun a las lejanas tierras americanas, cuyo descubrimiento hallábase todavía reciente, y a las vecinas costas africanas llevó igualmente sus anhelos y sus propósitos artísticos, haciendo en todos ellos memorable su reinado.

Por eso Baltasar Porreño no cesa de ponderar su liberalidad y magnificencia, de la cual "las Universidades de estos Reinos *a quien visitaba y oía lecciones, como lo hizo en Valladolid en 1592*", y la de Douai, en Flandes, que fundó y dotó, acrecentando también la de Lovaina, tuvieron públicos y abundantes maestros. Por eso también aquellas cualidades, indudablemente de verdadero Mecenas, se tradujeron en numerosísimas obras públicas, civiles y religiosas en España, Portugal, Italia, Flandes, Africa y América, en cuyos diferentes territorios fundó Universidades y Colegios; creó Academias, como las de Matemáticas y Arquitectura establecidas en Madrid, edificó iglesias y monasterios; levantó muchas y formidables fortificaciones, entre ellas el castillo de San Antón, de La Coruña, que el citado Porreño se complace en detallar minuciosamente, aparte de las respetables sumas invertidas en obras de muy distinta

naturaleza, en las cuales se anticipó a su siglo, como fueron el pantano de Alicante; la canalización del Tajo desde Toledo a Lisboa, que el ingeniero Juan Bautista Antonelli proyectó y comenzó; la subida de las aguas de aquel río al Alcázar, merced al ingenioso artificio de Juanelo Turriano; las famosísimas "Relaciones de los pueblos de España", primer conato de estadística en Europa y que, de haberse llevado a efecto en su totalidad, tantas y tan curiosas noticias nos hubiera suministrado acerca de la Geografía, la Historia, las costumbres y las producciones de nuestro territorio; la formación del primer mapa geodésico de España, y la descripción de la fauna y flora de las Indias Occidentales, que encomendó al doctor Francisco Hernández, la cual, en quince volúmenes en folio, riquísimamente encuadernados en tafilete azul con aplicaciones de plata, constituía una de las más preciadas curiosidades que guardaba la Real Biblioteca de El Escorial y que pereció con otras muchas en el formidable incendio de 1671.

Y si nos fijamos nada más que en la creación de aquella magnífica librería (1), para formar la cual no solamente cedió la suya y los códices soberbiamente miniados que formaban el patrimonio de su familia, extranjera y española, como el "Códice Aureo", el "De Baptismo parvulorum", de San Agustín, y los "Comentarios de los Evangelios", de San Juan Crisóstomo, sino que al punto acometióle el prurito de buscar y adquirir en todas partes libros raros y exquisitos, códices inapreciables, que compraba o hacía copiar; manuscritos de subidísimo valor que de su orden adquirían en España y en el Extranjero, Arias Montano, residente a la sazón en Flandes para dirigir y ordenar la edición de la Biblia políglota, por Felipe regiamente costeada e impresa por Plantino, Ambrosio de Morales, Jerónimo de Zurita y sus embajadores don Diego Guzmán de Silva, que lo era en Venecia, don Francisco de Alava, en Francia, y muchos más cuyos nombres sería prolijo citar ahora, so pena de hacer interminable este trabajo. Ocurría con esto de los libros algo semejante a lo ya narrado anteriormente con la *busca* y captura de

(1) Vid. padre Zarco Cuevas, *Catálogo de los manuscritos castellanos de la Real Biblioteca de El Escorial.* Tomo I.

pintores y escultores, así como de toda suerte de obras de arte. Y a la vuelta de pocos años, la Biblioteca de San Lorenzo el Real, que en sus comienzos no había contado más que con el donativo personal de los libros pertenecientes al Rey, vió aumentar y acrecentar sus fondos con las mejores y más famosas bibliotecas particulares de dentro y fuera de España, a peso de oro adquiridas y transportadas.

Y a ella llegaron, en diferentes entregas, los de Honorato Juan, obispo de Osma y Martín Pérez de Ayala, arzobispo de Valencia; los comprados en Flandes por Arias Montano, los de Páez de Castro y Luis Núñez de Toledo; los enviados de Venecia por don Diego Guzmán de Silva; los de Roma y de Francisco Patrici; los de Gonzalo Pérez, comprados y espléndidamente pagados a su hijo Antonio; los de don Pedro Ponce de León, obispo de Plasencia; los de don Antonio Agustín, arzobispo de Tarragona; los de don Diego Hurtado de Mendoza, dejados por éste a Felipe II a condición de pagar sus deudas, por el Monarca religiosamente satisfechas, y tantos otros que hicieron de la Biblioteca escurialense algo único a la sazón y sólo comparable entonces a la Biblioteca Vaticana.

Imbuído, sin duda, del mismo espíritu de difundir la cultura y hacerla asequible al trabajo de los estudiosos, él fué también el que, reuniendo en Simancas los diferentes archivos que por tierras españolas andaban disgregados y dispersos, les dió el orden y la unidad de que hasta entonces habían carecido; y reconstruyendo y mejorando el famoso castillo, que habilitó para su nuevo destino, a él llevó también los documentos de su reinado, al mismo tiempo que dictó reglas para su clasificación y su examen, mereciendo por este solo hecho el título de fundador y creador de nuestra escuela diplomática moderna.

Es cosa que *espanta,* diremos, empleando aquel verbo admirativo tan grato a los oídos y a la pluma de Teresa de Jesús, cuyos autógrafos guarda también con celosísimo cuidado la Librería de San Lorenzo, la incansable diligencia de Felipe II tratando de procurar y conseguir obras puramente artísticas o lindantes con las fronteras de la Ciencia. Porque aquel hombre que así busca reliquias provisto de amplios y contundentes Breves Pontificios, como allega libros y códices, y reúne cuadros, ta-

pices y esculturas, y requisa y paga pintores, arquitectos y toda suerte de artistas, y levanta edificios y repuebla montes, acomete todo género de obras, cuyos planos meticulosamente discute y examina, regula ceremonias y dedica buena parte del día a su trato íntimo y constante con la Divinidad, de quien se considera representante y mandatario, es el mismo que oye los pareceres de sus Consejos y sostiene continuada correspondencia con sus Embajadores, sus numerosísimos agentes en el extranjero, y despacha con sus Secretarios y escucha en audiencia a sus súbditos sin alterar su gravedad afable ni su cortés mesura, y tiene entre sus manos, sin cederlos ni transmitirlos a nadie, los complicados hilos de la política mundial, cuyo centro era su persona y cuyos extremos se hallaban entonces dispersos y extendidos en los más lejanos países del orbe, pasando por sus propios y heterogéneos Estados y por aquellos otros de los poderosos príncipes vecinos, cuyas miras consistían entonces en contrarrestar nuestro poder y en amenguarlo y disminuírlo.

Pues bien, señores, en medio de esa lucha agobiadora, entre aquel *papeleo* constante y diario que no le abandonó jamás desde que subió al Trono hasta su muerte, asediado además por disgustos y pesadumbres íntimas, por las adversidades y sinsabores del Gobierno y esclavo y víctima del artritismo, que deformaba su cuerpo, entorpecía sus movimientos, pero no enturbiaba su inteligencia ni rendía su voluntad, siempre inquebrantable; a través de tantos trabajos y de tantas y tan varias preocupaciones, no hay época ni circunstancia de su reinado, por crítica y dura que sea, en donde no veamos exteriorizados sus amores y sus aficiones artísticas de un modo persistente, ordenado y metódico, que prueba bien a las claras ser el arte y la cultura la afición más constante y predilecta de su vida.

No cabe duda que tenía Felipe II mucho y aun todo de cuanto puede apreciarse hoy en el consciente coleccionista de nuestros días, no por cierto en quien lo es por rutina, por seguir la moda o llevado del afán de poseer lo que otros no tienen.

Por gusto, por educación, por sus conocimientos y nunca por vanidad, que como escribe el embajador de Venecia Francisco Soranzo, aborreció sobremanera, supo rodearse de un ambiente de arte y de belleza, no sólo en pro de sus sentimien-

tos religiosos y en bien de la cultura general, sino para satisfacer sus ingénitos amores y saciar su refinada comprensión artística, evidenciada en sus obras y con tan seguro criterio, que en ellas todo es grande y nada hay vulgar ni que deje de resistir las exigencias del buen gusto más selecto y exquisito.

No es por ello aventurado afirmar que Felipe II fué artista, en el sentido moderno de la palabra, con el mérito poco frecuente, además, de haber creado un arte y un estilo peculiares suyos, emblema también de su reinado, con cuyo sello había de pasar a la posteridad. Y la pléyade numerosísima de artistas que a su sombra trabajó y que por él fué pingüe y magníficamente remunerada, forma la espléndida Corte del Rey español por antonomasia, cuya vigorosa personalidad, convertida por obra y gracia de la belleza y por el genio de quienes, a instancias suyas, la interpretaron y sirvieron, en Mecenas del siglo XVI, tiene que aparecer cada día más radiante y más simpática.

No ha de pasar mucho tiempo, señores, sin que la debida reparación a la memoria del Rey Prudente sea completa y total, esclarecidos como se hallan buena parte de los puntos oscuros de su reinado, que muchas veces el odio religioso, la pasión nacional, el espíritu de partido y hartas más la cobardía y el miedo a vestir el sambenito de retrógrados, habían pintado o dejado pintar con los más negros colores y las tintas más terroríficas.

De tal pecado no está libre el pueblo español, no obstante haber sido regido y gobernado en paz y en justicia por aquel gran Monarca, y sin percatarse de que cuantos golpes se han asestado contra él todos han venido a herir de rechazo la fama y el buen nombre de la raza que, por un inexplicable *suicidio colectivo,* apenas ha sabido replicar a la infame *Leyenda negra* fraguada contra nosotros en Europa, difundida en todas partes y que, al denigrar a Felipe II, a nosotros nos ha denigrado y escarnecido.

La feliz y patriótica idea de festejar digna y decorosamente el cuarto centenario de su nacimiento, que Valladolid, como era justo, fué la primera en lanzar y propugnar, constituirá un importantísimo jalón, a no dudarlo, en esta obra de justicia y aun de decoro nacional. A ella debemos contribuír todos sin

excepción, respetando su memoria y recordando que gracias a él no sólo se contuvo nuestra decadencia y llegó España al ápice de su gloria, sino que, debido a sus esfuerzos, somos aún algo en el mundo, y merced a las obras de Arte que por ellos cobraron espíritu y vida, somos también visitados y admirados por el extranjero, de donde viene a diario, en artística peregrinación, muchedumbre de gentes que se detienen maravilladas ante la obra predilecta de aquel Rey que concibió tantas, la cual ni un solo momento deja de ser contemplada y ensalzada.

El Estado, en primer término; las corporaciones sabias, después, los estudiosos, por último, la nación entera, que, como dijo hace pocos días el Conde de la Mortera en magistral conferencia, está en deuda con Felipe II, todos deben trabajar sin descanso en una empresa que a nosotros, en primer lugar, importa y atañe.

Urge, cada vez con mayores apremios y a imitación de lo que hacen otras naciones, la publicación oficial de documentos de que tan pródigos son nuestros archivos, los cuales, para sonrojo nuestro, en ellos tienen que ser examinados y estudiados, cuando su divulgación causaría tantas sorpresas, disiparía tantos errores y destruiría tantas patrañas como han solido correr, cual si fueran incontrovertibles verdades históricas. Y una vez conocidos los materiales, la vindicación vendrá por sí sola, cada vez con mayor empuje; pero para acometerla es de todo punto necesario que España comience por respetarse a sí misma, y amando y venerando la memoria de uno de sus Reyes más preclaros, dé muestras al mundo de saber amar y respetar su propia gloria.

José María Montenegro y Soto,
C. de la Real Academia de la Historia.